

*El sueño de  
Carolina*

Y OTROS RELATOS

**ANTHONY J. VELARDE**

# EL SUEÑO DE CAROLINA Y OTROS RELATOS

ANTHONY J VELARDE

# INDICE

EL SUEÑO DE CAROLINA

AMIGOS INSEPARABLES

BIFURCADO

LA ISLA MINEAS

## EL SUEÑO DE CAROLINA

Caía la mañana, los pájaros cantaban, el aire helado azotaba y los padres de Carolina se preguntaban en donde habría pasado la noche. Nadie sabía de ella desde la tarde del día anterior, cuando llegando del colegio se negó a servirle la comida a su padre y alegando que tenía como tarea escolar un trabajo grupal, entro presurosa a su habitación lleno su maleta, y salió.

Carolina a sus catorce años, era una niña —según contaban en el pueblo— de sonrisa imborrable, menudita, hábil en los estudios y respetuosa con maestros y personas mayores. Se había hecho novia de Jordi, hijo del alcalde, hace ya unos meses.

Diariamente Carolina llevaba de la mano a su hermano Facundo, desde su modesta casa en una zona rural durante una hora y veinte minutos hasta llegar al pueblo. Dejaba a Facundo en el jardín y caminaba otros diez minutos hacia su colegio, de regreso era lo mismo.

Esa rutina no parecía agotarla, sino fortalecerla, a menudo compartía con sus amigos uno de sus anhelos: “cuando termine la secundaria me iré a la capital, podré ganar dinero y estudiar arquitectura”, aquel sueño no era imposible de realizar, pues su hermano Raúl se fue de aquel pueblo aun sin terminar la secundaria, realizo empleos como lustrabotas, lava-carros, vendedor de golosinas, etc. Hasta que por fin había conseguido empleo como mozo en un elegante restaurant. Con el dinero del sueldo podía pagar las cuentas más tranquilo e inclusive había empezado a estudiar en la escuela nocturna.

El caso de su hermano era uno aislado, durante años la gente del pueblo había intentado emigrar a la capital sin éxito, solo los pocos que lo lograban regresaban al pueblo, eran admirados y no era difícil que se conviertan en alcaldes. Ese era el segundo anhelo de Carolina. Como era de esperarse en un pueblo como ese, en el que la capital pa-

recía tan lejana y que solo algunos podían jactarse de conocerla, los sueños de Carolina eran motivo de burla para algunos muchachos, ternura para los maestros y admiración en una minoría.

Todo parecía jugarle en contra, sus padres querían comprometerla con Jordi y así tener un mejor estatus en el pueblo, Jordi acostumbrado a la vida de campo no quería que su "mujer" lo abandone y que se consiga un nuevo novio en la capital; este tema, ya había llegado a oídos de los padres, habían visto discutir a la joven pareja en la desolada calle que unía el antiguo colegio con la iglesia. El alcalde y padre de Jordi se mostraba muy entusiasmado con las ganas que tenía de emprender Carolina, decía cosas como: "chica cuando te vayas a ir te organizaremos una fiesta de despedida, mataremos una vaca en tu honor", "puedo llamar a mi antiguo patrón para que te consiga un trabajo, eso sí debes empezar de abajo" y le decía a Jordi cosas como "ya terminaste la escuela hace un año, también deberías pensar en irte" o "en este pueblo no hay futuro para los jóvenes, todos deberían irse", para lo cual Jordi no decía nada o solía abandonar la habitación; él estaba feliz con su condición de hijo del alcalde.

Carolina pedía siempre prestado un teléfono y las pocas veces que se lo daban marcaba a su hermano Raúl. Ella pedía desesperadamente que quería irse a la capital, su ímpetu por salir a delante y sobre todo por callar la boca a quienes no confiaban en ella la tenían extasiada. Su hermano solía contestar que estaba ocupado atendiendo mesas y no podía responder en ese momento, y otras veces le explicaba que la vida en la capital era dura y que al menos con la secundaria completa podría conseguir empleo más rápido. Eso desilusionaba a Carolina, pero, aun así, no abandonaba las llamadas, tenía la esperanza de que un día Raúl accediera a su petición y poder ir antes a la capital.

Sus padres no iniciaron la búsqueda en la noche, porque afuera había una lluvia torrencial, truenos y chubascos.

—Y ¿si la agarró afuera el aguacero Eliseo? —dijo María, madre de Carolina aun durante la noche.

—No le pasa nada mujer, además es joven —replicó el esposo tambaleándose hasta caer pesadamente en la cama — seguro llega cuando acabe el aguacero.

—Estas ebrio Eliseo, deberíamos salir a buscarla.

—¿con esta lluvia?, ¿estás loca?, y seguro esta con Jordi “ocupada” —dijo con ambas manos en el aire y flexionando el dedo índice y anular de ambas manos.

—No hables así es nuestra hija...

Eliseo levantó la mano, haciendo el gesto para pegarle. La esposa se tapó con la sabana, cerró los puños y empezó a temblar.

—Si te digo que está bien, ¿es porque lo está! —le dijo empujándola un poco para entrar más cómodo en la cama— no quiero que me interrumpas más, mañana debo trabajar en el sembrío.

Los padres de Carolina habían pasado toda la mañana en el pueblo, y para el mediodía ya todo el pueblo sabía sobre la desaparición. La residencia del alcalde fue al primer lugar que acudieron, los atendió un criado y luego el mismísimo alcalde. Jordi se negó a salir de su habitación alegando estar indispuesto. Luego acudieron al colegio:

—No se ha sabido hoy de la joven —empezó el director —, deberían hablar con el tutor de aula, el profesor Mateo, él les indicara que clase de trabajo dejaron ayer y así podrán saber el paradero de su hija.

El profesor Mateo se adelantó a los padres y preguntó con una amplia sonrisa porque había faltado Carolina, “¿acaso se ha ido a pasear a la capital?”. Sonrisa que se fue desdibujando a medida que María y Eliseo le narraban la historia, el profesor concluyó la conversación dejándose caer en la silla, saco un pañuelo del bolsillo derecho del saco, se secó la frente, la cual estaba cubierta de un repentino sudor.

—Ayer no dejé ningún trabajo.

Los padres salieron presurosos del colegio en busca de más información, conversaron con algunos comerciantes,

incluida la señora que vendía golosinas a Carolina sin obtener pistas.

El reloj marcaba la una de la tarde y el padre de la menor se despidió diciendo que tenía que alimentar a sus animales y trabajar en el sembrío, situación que indignó a María, pero lo dejó ir sin insistir mucho.

Al no tener más pistas sobre el paradero de su hija la madre partió hacia la comisaria del pueblo, dentro de ella había tres oficiales de policía, les conto la historia tan rápido que en varias ocasiones le pidieron que redujera la velocidad para que uno de ellos pudiera tomar nota en su máquina de escribir. Cuando concluyó le respondieron que habían pasado apenas unas horas y tenía que esperar cuarenta y ocho para iniciar la búsqueda.

—¡Mi hija de verdad está perdida! —dijo María, con la cara roja por el enojo— es una niña buena y responsable, jamás ha llegado una hora tarde a casa —prosiguió cambiando el enojo por un sollozo.

—Tiene que entender nuestro trabajo señora —respondió el comisario entrecruzando los dedos de las manos y apoyando su peso en el respaldo de la silla— no podemos salir a buscar a una niña que pudo haber escapado con sus amigos...

—¡Ustedes están sin hacer nada!, mi hija está allá afuera, perdida, y ustedes sentados aquí, o acaso ¿debe pasarle algo grave para que ustedes se muevan?

—Avísenos si no aparece en cuarenta y ocho horas —ignorando su pregunta en comisario se paró de su asiento y con el dedo señaló al oficial más joven y luego la puerta.

—Señora debo acompañarla —le dijo el joven oficial.

Ya en la acera la señora María sabía que no podría continuar sola su búsqueda, ya había agotado todas sus ideas y decidió rogar, a aquel joven que a no ser porque su hija estuviera perdida, no le merecería ningún respeto, era un muchacho delgado y el uniforme verde le quedaba grande, haciéndolo lucir como un escuálido, tenía la frente llena de acné. Con la voz aguda de quien aún no ha terminado el desarrollo dijo:

—Si fuera un secuestro ¿de quién sospecha? —mientras sacaba una libreta y bolígrafo de su chaqueta— dígame todo lo que sepa.

María seco sus lágrimas y dio detalles sobre los gustos de su hija, su fascinación por leer biografías de personas exitosas, su relación con el hijo del alcalde, el deseo de emigrar a la capital y que desde hace semanas ha estado saliendo las tardes de casa.

—¿A dónde iba todas las tardes señora?

—Tres veces por semana tenía un taller en la escuela para aprender inglés.

—¿Los demás días?

—Era una cosa u otra, trabajos la mayoría del tiempo.

—Haré todo lo que pueda señora —dijo el policía asintiendo y guardando la libreta en la chaqueta— mi nombre es Carlos Gavidia, le ayudaré porque soy amigo de su hijo Raúl.

María le agradeció tomando sus manos. Ya lejos de la comisaría, recordó que aquel oficial, tenía que ser hijo del profesor de educación inicial Enrique Gavidia, se sintió un poco mal por menospreciarlo aún cuando él puso todo su interés, y aunque decidió ir a dormir un poco no tenía esperanza en que aquel joven logre dar con el paradero de su hija.

Carlos estaba sentado en la plaza, pensando por dónde empezar su búsqueda, mientras miraba a los escolares salir al terminar sus clases, cada quien tomar un rumbo distinto; algunos correteaban, unos compraban dulces y otros se cubrían con bolsas de plástico —eran los que vivían más lejos para cubrirse de la lluvia—. Su principal sospechoso era el hijo del alcalde, pero resultaría imposible que lo recibieran para interrogarlo con menos de veinticuatro horas de pérdida, además nunca había hecho un interrogatorio ¿Qué le diría?, ¿cómo sabría si me miente? Pensó. Luego de decidir que confiaría en su instinto se apresuró en ir a la escuela, quería saber más sobre Carolina.

Al llegar a la escuela, la secretaria le dijo:



—El profesor Mateo a media mañana se sentía indispuerto y decidió suspender su clase.

“Es extraño que un profesor de por terminada su clase”, pensó. Después de un “muchas gracias señorita”, se enrumbó a la casa del profesor Mateo, su instinto le decía que él tenía detalles. Al caminar cuesta arriba por veinte minutos, llego a la vivienda, estaba hecha con barro y tenía un techo de tejas a dos aguas. Acercándose escuchó unos ladridos que lo sobresaltaron, saco rápido su cachiporra, pero se tranquilizó al ver que se trataba de un pequeño pekinés. Tuvo que tocar tres veces antes de que se asomaran a la puerta. La lluvia empezaba a caer.

—Profesor Mateo, buenas tardes —comenzó— soy el oficial Carlos, he venido porque quiero hacerle unas preguntas.

—Ahora no joven, estoy muy ocupado...

—¡Oficial! —le corrigió, intentado que su voz aguda suene más grave—, y las preguntas que le hare serán sobre su alumna desaparecida, Carolina.

—Lo siento oficial — se disculpó y abrió más la puerta para que pudieran conversar mejor—, ¿usted cree que ella esté mal?

Luego de decirle que la madre estaba destrozada, el profesor lo invitó a pasar diciéndole que tenía que confesar algo. La lluvia caía más fuerte. Luego de ofrecerle un café, empezó:

—La joven siempre tenía la ilusión por irse a la capital —decía de espaldas a Carlos, mirando por la ventana—, pero desde hace varias semanas se convirtió en obsesión, estaba desesperada por irse; sé que hasta estaba juntando dinero preparando tamales con una compañera de aula.

Carlos se limitó a asentir, para que le cuenten más.

—Sé que tenía problemas en casa por su novio, ella a veces me confiaba algunas cosas, un día dijo en casa que quería terminar la relación, su papá se enfadó tanto que no sé si llegó a pegarle, nunca pude confirmarlo. Su novio también era un problema, una tarde le pego a un chico de

la escuela solo porque comentaron que había hecho grupo en clase con Carolina.

—Sí —confirmó Carlos, él había estado presente cuando lo llevaron a la comisaria, lugar en el cual no estuvo por más de dos horas debido a la influencia de su padre—, ¿usted cree que él le haya hecho algún daño?

—Más que eso, temo que la joven reunió los medios económicos para un pasaje de ida a la capital —hizo una pausa, resopló y continuó—, siento culpa porque creo que yo, con mis consejos la alenté a ello. En la capital le tocara sufrir mucho sin estudios, sin dinero y sin donde poder dormir.

Antes de despedirse Carlos le preguntó el nombre de aquella amiga, resultó ser hija de la señora Carmela, dueña de una tienda de dulces en el pueblo. Esperó afuera de la casa a que la lluvia cesara, reconstruyendo la historia en su cabeza, la idea de que Carolina haya abandonado el pueblo era cada vez más grande, pero debía confirmar eso antes de avisar a la policía de carreteras.

Cuando el reloj marcaba las cuatro y treinta la lluvia había bajado su intensidad, Carlos tocó la puerta y pidió al profesor una bolsa grande de plástico para cubrirse en lo que caminaba al pueblo.

Durante su camino de retornó la lluvia paraba y por momentos se ponía más intensa, con inclusive rayos y truenos por lo que tuvo que refugiarse en las esporádicas casas que aparecían en la carretera. El hambre lo atacó al recordar que no había almorzado y decidió que llegando al pueblo hablaría con la joven, almorzaría y se iría a descansar.

Ya en el pueblo, pisando asfalto en lugar de lodo y a pocas casas de su objetivo vio una persona en sentido contrario dirigiéndose al mismo lugar que él. Era la joven, estaba empapada por la lluvia y al verlo corrió asustada dentro de su casa, como si así pudiera evitar el interrogatorio del policía. Entró a la tienda, y tras explicar lo que debía hacer, los padres se opusieron. “mi hija no sabe nada de Carolina” decía la madre, “no puede venir sin ninguna orden a interrogar a mi hija, ella es inocente”. Les comentó que Ma-

yra y Carolina habían estado trabajando juntas, a lo que la madre contestaba furiosa que “mi muchacha es trabajadora y si trabajaban juntas, pero no para irse del pueblo sino para sus regalos de navidad”.

Al amenazarlos con ser cómplices si no colaboraban, el padre de la joven cerró la puerta de la tienda e hizo bajar a su hija. Mayra ya estaba seca cuando bajo y un poco temblorosa, tras las primeras preguntas de Carlos ella negaba todo tipo de relación, incluso la de su pequeño negocio.

—El profesor Mateo y tu madre ya me han confirmado que Carolina y tú andaban reuniendo dinero —dijo Carlos hincando una rodilla al suelo, para estar a la misma altura—, solo quiero que me cuentes que hicieron con el dinero, ella puede estar en peligro ahora, sus padres están muy preocupados.

Pasaron varios minutos y nadie dijo nada, de haber visto alguien aquella escena, hubiera pensado que el tiempo se detuvo en aquella tienda. Cuando Carlos iba a hablar de nuevo Mayra empezó:

—Carolina y yo somos grandes amigas pero ¡le juro que no sé dónde está! Y... es cierto que hemos estado reuniendo dinero para que vaya de viaje —respondió bajando la mirada.

—Es lo que sospecho, ella ahora puede estar rumbo a la capital, alertare a la policía de carreteras ahora mismo.

—¡No, eso no es posible! —gritó la joven y sollozando sacó un paquetito que tenía oculto en su espalda y mostrándoselo dijo— mire...

Carlos sujetó el paquete entre sus manos, era pequeño, conformado por papeles arrugados, como del tamaño de una manzana, al abrirlo vio que se trataba del dinero, monedas de varias denominaciones y algunos pocos billetes desgastados. Empezó a sentirse enojado, creyó que por fin tendría una pista clara del paradero de Carolina.

—Ve oficial, ella sin el dinero no pudo ir muy...

—¿De dónde venias, cuando te vi entrando corriendo a casa? —interrumpió Carlos con los dientes apretados, por esta repentina furia que lo embargaba, se sorprendió al ver

lo blanca que lucía la mano que apretaba el paquete con dinero.

—Fui a encontrarme con Carolina —respondió al cabo de unos segundos—, la esperé por largo tiempo y no apareció, ayer también la esperé, se suponía que debíamos preparar tamales.

—¿En dónde se reunían? —preguntó midiendo sus palabras, temía que al usar muchas fuera a explotar de ira.

—A treinta minutos de aquí, atrás del colegio subiendo la cuesta, pasando las grutas y el campo del profesor Gavidia...

“El campo de mi padre”

—... siguiendo el camino hasta llegar al riachuelo, allí nos encontrábamos.

Luego de reflexionar muy poco, Carlos puso el dinero con fuerza en la mano del padre de Mayra, sin despedirse saco la tranca de la puerta y camino en la lluvia, luego empezó a trotar y finalmente a correr. No sabía que buscaría exactamente, cualquier pista que hubiera existido ya se la habría llevado la lluvia y Carolina no estaría allí, su amiga acababa de buscarla. Pero llevado por sus sentimientos y la irracionalidad Carlos siguió su camino. Ahora caminando —el lodo no le dejaba correr—, paso junto a las grutas, “ya falta muy poco” se dijo tratando de animarse, la lluvia se había llevado todo su enojo, aquella le pegaba tan fuerte que lo volvió vulnerable de nuevo, ahora solo se sentía enojado por estar a punto de abandonar, de rendirse en la búsqueda de Carolina.

Pasó el campo de su padre y llegó al riachuelo, el cual se encontraba más caudaloso debido a la fuerte lluvia, buscó refugio debajo de un gran árbol y se sentó mirando a su alrededor, imaginando a Carolina en algún lugar, indefensa, pasando frío. Perdió la noción del tiempo, el interés por su búsqueda fue reemplazado por el rencor hacia su padre. Desde su ubicación, pasando las rejas y el campo sin cultivar se observaba una luz débil y amarilla que provenía de su antiguo hogar.

Se paró y se sacudió la ropa, como si al sacudirla desaparecieran también los problemas familiares, desapareciera su desaprobación cuando él decidió ser policía, como si desapareciera aquel recuerdo cuando su padre lo echó de la casa por no querer seguir estudios de ingeniería, como si aquella vez que lo vio en el pueblo mientras trabajaba y él desvió la mirada, aun cuando él se acercó y le habló de tan cerca que era imposible que no lo haya escuchado; como si nada de eso hubiera ocurrido.

Carlos siguió su camino, pero esta vez su ímpetu había desaparecido, se sentía cansado y con hambre; tenía ganas de tumbarse en el piso y entregarse a la depresión. Un aliento lo sobresaltó. Se trataba de un gallinazo que voló hacia la copa de un árbol, "¿Qué hará un gallinazo aquí, si viven en las alturas?", luego bajo la mirada y vio algo que lo sorprendió aún más. Un grupo de al menos treinta gallinazos ubicados en la entrada de la gruta, muchos otros dispersos en las ramas de los árboles y en la roca sobre la entrada de la gruta. Aquellas criaturas le parecían grotescas, se le hizo un nudo en el estómago al solo verlas, su intuición le dijo que tenía que averiguar que había dentro y aunque esas bestias solo se alimentan de carne en descomposición, pensó que tal vez Carolina estuviera refugiada dentro.

Lanzó una piedra al grupo de gallinazos y ni se inmutaron. Lanzó otra más grande, agitaba los brazos, gritaba, y nada daba resultado. Perdió la paciencia, se acercó poco a poco y las bestias se giraron mirándolo fijamente, Carlos sacó su arma e hizo tres disparos al aire, las aves salieron volando en todas direcciones. Guardó su arma, sacó su linterna y entró a la gruta. Los gallinazos se posicionaron nuevamente en su lugar, como dejándolo sin escape.

El interior de la gruta era muy oscuro, la linterna no tenía suficiente potencia como para alumbrar más de lo indispensable. Camino unos minutos con mucho cuidado porque el piso estaba mojado, llegó a un punto donde el camino se bifurcaba. Tomó la decisión de ir por la derecha, la oscuridad era total, al dar unos pasos sus pies se enredaron con algo y cayó de bruces al piso, se paró y recogió lo que

fuera que ocasiono su caída; era un suéter que estaba húmedo igual que el piso pero tenía ciertas zonas pegajosas, acerco mucho más la linterna para verla mejor, era sangre.

Siguió caminando, sabía que se encontraba en la dirección correcta —de lo que fuera que estaba descubriendo—, a cada paso un olor fétido se iba incrementando y además sentía náuseas de cargar ropa manchada con sangre. Llegó a un punto donde tuvo que rampar porque las estalactitas casi bloqueaban el paso. En una nueva bifurcación siguió por el camino de la izquierda guiado por el hedor. Al girar por un estrecho pasaje vio algo, la imagen más tenebrosa que lo perseguiría de por vida.

El cuerpo de Carolina inerte apoyado suavemente en la roca, de rodillas como suplicando ayuda. El olor a putrefacción emanaba de ella. Ambos brazos caían al lado de su cuerpo ligeramente contraídos. Los ojos, esos ojos muy abiertos —más de lo que hubiera él deseado— parecían mirar fijamente la entrada del túnel por donde entró Carlos y al mismo tiempo tenía una mirada vacía, como si no mirara a nadie en particular. Carlos petrificado mirando el torso bañado en sangre y la ropa hecha jirones, había sido apuñalada varias veces.

Pero pudo ver algo más impactante, tan siniestro que no podía mantener la mirada fija. Su boca estaba abierta, tanto que había desgarrado las comisuras, la lengua afuera salida de sus fauces lucía de un tamaño desproporcionado, muy grande.

Carlos no daba crédito a lo que veían sus ojos y se los restregó varias veces apenas su cuerpo volvió a responderle. Era cierto, Carolina estaba muerta, tenía que anunciarlo, sacó su radio del cinturón y al darse cuenta que no tenía señal, dio media vuelta y corrió afuera de la gruta para alertar a sus compañeros.

El intenso sol entraba por la ventana de su habitación obligándolo a despertar, el día anterior había sido muy duro. Mirando su reloj vio que era mediodía, entro al baño a lavarse y salió a comer. Frente a su plato de frijoles pensó

en lo sucedido. Aquel suéter que recogió en la gruta y apretaba frenéticamente resultó pertenecer al hijo del alcalde, lo atraparon por usar aquella prenda de marca extravagante. El muchacho temblando del miedo rápidamente reconoció que la apuñaló y se negó a seguir hablando en la comandancia.

El padre de Jordi indignado, dispuso una de las camionetas de la municipalidad para que llevaran a Carolina a la capital de la provincia, donde un médico examinaría su cadáver. Carlos sentía pena por la muchacha, por como sus sueños se frustraron, caviló sobre el motivo de Jordi para asesinar a su novia, tal vez luego de que Carolina le contase que ya tenía dinero para irse intento secuestrarla y cuando las cosas se complicaron optó por matarla. Otra parte de él —que se obligó rápidamente a reprimir—, se sentía orgullosa por haber logrado dar con su objetivo, así sea de casualidad. Sus colegas y el pueblo le tendrían más respeto.

Cuando los frijoles estaban demasiado fríos para comerlos, salió rumbo a la comisaría. Al preguntar si Jordi había hablado algo más, contestaron:

—El muchacho está tan perturbado que dice que lo ha hecho por su bien —empezó acercándose a la celda—, míralo, parece que no hubiera matado a nadie, lo único que ha hecho es llorar desde que vino y se niega a hablar o ingerir algún alimento...

En efecto, pudo notar la cara desencajada, la mirada compungida, su cuerpo arrinconado en la esquina de la celda, nadie lo creería capaz de blandir un cuchillo y acertar varias puñaladas a su indefensa novia.

—Pero ya le dará hambre, y cuando eso suceda no le daremos nada, hasta que confiese y de detalles del crimen cometido.

Y con una sonrisa sentenció: “de esto no lo salvará el alcalde”. Pidió hablar con él pero fue inútil, el chico no decía ni una palabra, solo sollozaba. Decidió no perder más el tiempo y fue a buscar a la señora Carmela para disculparse con su familia por ser grosero el día anterior. Al llegar vio a